



La impronta de este arquitecto es la de un veterano maestro, catedrático, de la generación cuyas obras ennoblecen el panorama de la arquitectura española en la segunda mitad del siglo XX. Rigor de estilo estrictamente moderno, sin veleidades, concesiones ni vanidades, y calidad de construcción que apura los menores detalles. Arquitectura pura, pero no purista, racional, pero no racionalista, o no como emblema de una u otra tendencia, con el aplomo de una modernidad que ya es tradición y una vanguardia que ya es historia: y desde luego amable en su severidad.

Tres impecables y claros prismas paralelos, dos dobles y uno sencillo, unidos por una de sus cabeceras, descansan sobre un podio ciego de hormigón y determinan la composición en peine que describe su programa de funciones, intercalando sendos patios de intimidad, aireación e iluminación. Cara afuera, el juego de volúmenes en sus diversos espesores alcanza el punto de matizada plasticidad al que da réplica el Rectorado, con el que compone el espacio principal que preside el aula en hemiciclo, entre éste y la Biblioteca General.

Cara adentro, esa rotundidad queda despiezada por la luz que la administra. Masas y luces comparten la construcción de un espacio para el bienestar, cuya sección se visualiza en su misma perspectiva. Hay un cruce de luces mediterráneas (el autor se siente preocupado por el lugar) en sus espacios de triple altura. Y se advierte en ellos el oficio que no deja cabos sueltos. La precisa dimensión se deja sentir tanto en el detalle constructivo como en la comodidad de su uso pleno. Y certifica el aforismo según el cual un buen edificio deber estar, como un violín, bien afinado.